

guntar e indagar acerca de la cultura paraguaya, por dos motivos: 1. No sabemos casi nada de Paraguay, por lo menos por lo que a mí cuenta. 2. Es otra manera de que los alumnos valoren un poco más sus raíces y vean todo el material que tienen para trabajar.

Luego de la parte teórica se les planteó un breve trabajo de campo para recoger información y poder trabajar con ella en el diseño de un producto para el mercado paraguayo (podía ser prenda, accesorio, pieza gráfica, etc.), y finalmente relacionarlo con las tendencias mundiales y defenderlo ante los compañeros.

Como resultado surgieron unos productos muy ricos tanto en su partido conceptual como en su aplicación al mercado, por lo que impulsamos a los alumnos a seguir desarrollándolos ya que podían ser proyectos viables, tanto en su construcción como en su implementación y comercialización.

También fue muy interesante el descubrimiento de los alumnos acerca del Contexto que los rodeaba, ya que nunca habían hecho semejante análisis. El mirar hacia adentro de la cultura propia los hacía sentir extrañados pero descubrieron que tenían mucho material y muy bueno para poder hacer cosas con mucho contenido.

Al terminar estas actividades y al poder reflexionar sobre ellas, pienso que esto recién empieza, por suerte. Siempre existe un desafío nuevo tanto para los docentes de diseño como para los países que están recorriendo este nuevo camino. Me siento orgullosa de haber participado de este nuevo movimiento que se está poniendo en marcha en países hermanos, y de haber puesto un pequeño grano de arena para el impulso de nuestras profesiones. Asimismo, me siento orgullosa de que los demás países tomen como referencia al nuestro en cuanto a temas de diseño y valoren nuestras palabras y experiencias (sintiendo que puedo ayudar y colaborar con ellos en estos temas).

Por supuesto que el aprendizaje no fue sólo del público paraguayo, sino que nosotros, tanto docentes como profesionales argentinos trajimos un sinnúmero de nuevos conocimientos que ya están siendo punto de partida y aplicación en nuestro contexto.

Para terminar quiero decir que me gustaría seguir siendo partícipe de estos encuentros, intercambios y nuevas posibilidades de interacción entre todos los actores del Diseño en Latinoamérica, porque quiero pensar que alguna vez fui un eslabón entre culturas que parecen tan similares, pero son tan diferentes.

Nuestra historia, nuestro presente y la imperiosa necesidad de estimular un pensamiento crítico en nuestros alumnos

Yamila Grandi

Para María Cristina

Pensarnos de atrás para adelante...

En 1852 Alberdi escribe las Bases, libro que sería fundamental para los debates del Congreso Constituyente posterior a Caseros y vital para la elaboración de nuestra Constitución en 1853. Allí, él hablaba del error de con-

fundir una cosa con otra y de las necesidades puntuales en materia de formación que tenía nuestro país entonces: “Nuestros primeros publicistas dijeron: “¿De qué modo se promueve y fomenta la cultura de los grandes Estados europeos? Por la instrucción, principalmente: luego éste debe ser nuestro punto de partida”.

Ellos no vieron que nuestros pueblos nacientes, estaban en el caso de hacerse, de formarse, antes de instruirse; y que, si la instrucción es el medio de la cultura de los pueblos ya desenvueltos, la educación por medio de las cosas es el medio de instrucción que más conviene a pueblos que empiezan a crearse.

En cuanto a la instrucción que se dio a nuestro pueblo, jamás fue adecuada a sus necesidades. Copiada de la que recibían pueblos que no se hallaban en nuestro caso, fue siempre estéril y sin resultado provechoso.

¿De qué le sirvió al hombre del pueblo saber leer? De motivo para verse ingerido como instrumento en la gestión de la vida política que no conocía; para instruirse en el veneno de la prensa electoral, que contamina y destruye en vez de ilustrar; para leer insultos, injurias y sofismas y proclamas de incendio que lo único que pica y estimula su curiosidad inculta y grosera.

La instrucción superior en nuestras Repúblicas no fue menos estéril e inadecuada a nuestras necesidades. ¿Qué han sido nuestros institutos y universidades de Sud América sino fábricas de charlatanismo, de ociosidad, de demagogia y presunción titulada?

La instrucción, para ser fecunda, ha de contraerse a ciencias y artes de aplicación, a cosas prácticas, a lenguas vivas, a conocimientos de utilidad material e inmediata.”¹ La distancia de estos criterios con los de su contemporáneo Domingo Faustino Sarmiento, saltan a la vista. De hecho casi es inevitable hacer una asociación entre esos “charlatanes de presunción titulada” y el mismísimo autor del Facundo ²

Mientras que para Alberdi, la necesidad estaba puesta en el hacer concreto, instrumental; para Sarmiento la actividad misma del pensamiento era el hacer básico, primario y necesario. Al tiempo que, en un principio había que comprender la realidad, descifrar el enigma de nuestro país para poder luego tomar decisiones (“¡Sombra terrible de Facundo, voy a invocarte para que, sacudiendo el ensangrentado polvo que cubre tus cenizas, te levantes a explicarnos la vida secreta y las convulsiones internas que desgarran las entrañas de un noble pueblo! Tú posees el secreto: ¡Revélanoslo!” ³), la actividad misma del pensamiento era acción con cuerpo. Y en su proceso, la relación del individuo con su entorno cobraba un invalorable sentido social y político. Como es sabido, fue el proyecto sarmientino quien ganó la pulseada por la hegemonía en nuestra educación. No ahondaremos aquí en ello. Simplemente nos interesa reconocer el choque de estos dos modelos en tanto visiones encontradas sobre la educación: tema cuya proyección en la realidad ha sido sin duda vital para nuestro destino. Cabe así mismo destacar la centralidad que este tema tenía a la hora de ser pensado el destino de nuestra nación.

Por lo visto, nos encontramos frente a dos propuestas diferentes, basadas en dos miradas distintas de país y, consecuentemente, del reconocimiento de necesidades disímiles para ese país. En efecto, como señala Natalio

Botana⁴, mientras que “Alberdi adoptó de Troplong una idea de educación por las costumbres y el cultivo de los buenos hábitos (...) que rechazaba, por pernicioso la instrucción generalizada”, Sarmiento veía en la educación pública la posibilidad de crear una república de ciudadanos: “La educación representaba para Sarmiento la igualdad real del ciudadano, la posibilidad concreta de que hombres y mujeres, ricos y pobres, criollos y extranjeros, se encontrarán en su niñez en una escuela pública para compartir hábitos y conocimiento”.⁵

Como se dijo, cada uno de ellos percibía un país diferente ante sus ojos. Y más allá de que en este concierto de diagnósticos y propuestas, la educación como acontecimiento de impacto social y político tuviese un rol diferente, su noción de factor central a la hora de pensar el presente y futuro del país era innegable; ¿Qué nos pasa actualmente en torno a este tema?

Sirva este antecedente histórico de dos pensadores que marcaron de una u otra forma nuestro destino nacional como punto de partida para aventurar algunas notas.

Pensarnos de acá en adelante...

Mucho tiempo ha pasado desde estos históricos debates. Sin duda, hoy por hoy, los nuestros presentan cantidad de variables entonces inimaginables.

En nuestros días, tanto alumnos como padres y trabajadores de la educación, nos vemos atravesados por factores internos y externos que nos condicionan inevitablemente. Lejos ha quedado aquel proyecto de educación inclusiva donde ricos y pobres convivían en las aulas construyendo juntos sociedad. Lejos también la mirada interior que veía en un proyecto educativo la exclusividad de las necesidades locales sin, sentirse o saberse condicionados por requerimientos extranjeros. Asimismo, la aparición del mercado como motor omnipotente de los días, se nos presenta como una realidad que nos marca el pulso de nuestros relojes, de nuestro ritmo.

En medio de estas cuestiones y tantas otras, como la crisis de paradigma, de representación y de valores morales, la pregunta imperiosa es ¿Qué hacer en el aula?

Y sí, es inquestionable: debemos formar profesionales que sepan hacer de manera eficaz, que conozcan de la realidad del mundo en que se insertan. Pero no, no podemos olvidar que no sólo de hacer se trata, sino también de tener la necesidad y capacidad de formular y responder preguntas que dirijan y trasciendan al trabajo realizado: ¿Por qué lo hago?, ¿Para qué?, ¿Para quién?, ¿Cómo incide en la realidad el producto de mi trabajo?, ¿Cuál es mi búsqueda como profesional, como hombre o mujer, como ciudadano.?

Históricamente, los argentinos estamos acostumbrados a las dicotomías: desde la polémica civilización / barbarie, hasta la clásica River / Boca. Acaso en nuestra materia, la educación, haya llegado el momento de evitar aquel enfrentamiento que antaño tuvieron visiones tales como las de Sarmiento y Alberdi, tomando lo mejor de cada uno de ellos: sí al saber hacer y sí al saber reflexivo y socialmente compartido. Pero por sobre todas las cosas: sí a la conciencia de que es la educación uno de los pilares fundamentales para el desarrollo de un pueblo y que no se trata de una tarea limitada a la intimidad del aula sino, a un proyecto de país, de vida.

Notas

¹ Alberdi, Juan Bautista, (1952) *Bases y puntos de partida para la organización política de la República Argentina* (Ed. 1992), Buenos Aires: CEAL.

² Al respecto, baste anotar los comentarios de Alberdi sobre este libro: “La parte descriptiva del Facundo es la más tolerable, si se exceptúa la exageración de mal gusto. Pero la parte explicativa, filosófica en que pretende dar la razón de ser de los fenómenos que presenta la sociabilidad argentina, es un tejido inacabable de disparates”. En Alberdi, Juan Bautista, “Facundo y su biógrafo”, en *Grandes y pequeños hombres del Plata* (1991 5° ed.) Buenos Aires: Plus Ultra. Pág. 239.

³ Introducción de Facundo a la edición de 1845.

⁴ Botana Natalio (1984) *La tradición republicana*. Alberdi, Sarmiento y las ideas políticas de su tiempo (3° ed. 2005). Buenos Aires: Sudamericana. Pág. 302

⁵ Botana, Op. Cit, Pág 310.

Tallerismo: actitud creatividad. Actitud pedagógica

Adriana Grinberg

Comienzo por un axioma: La creatividad no resuelve. Evoluciona

Esta proposición, intenta repensar el lugar que la palabra “creatividad” ocupa, con el único fin de atribuir un nuevo sentido, una vez más, a su enorme e histórica resonancia ¿Qué es la creatividad? Va otro axioma: una actitud. Bajo la pretenciosidad de estos axiomas, intentaré ordenar algunos asuntos, vinculados al tema. Y finalmente lograr pensar un lugar merecidamente “disciplinar”, para la noción de “creatividad”. Me cuidaré en el camino, de cualquier intento de mi lenguaje o de la formalización inherente al asunto, de solemnizar o intentar fraguar el tema por medio de métodos o conceptos enciclopédicos. Aquí no hay una intención de catalogar el tema sino de, todo lo contrario, desbloquearlo, quitarle sus veladuras y preconceptos para volverlo lo más fluido posible. Y vincularlo a la práctica pedagógica. Veremos.

Admitamos que en este significante, “creatividad”, convergen imaginaciones y prácticas, antiguas y modernas, siempre ligadas a algún otro campo, como el de la ciencia, la religión, que lleva en sus orígenes “la creación”, las artes, movimientos socio-culturales, lo antropológico, en fin, todo aquello que tiende a un supuesto de originalidad, ruptura, renovación o transformación.

Consideremos que también las personas suelen usar este epíteto par calificar o auto calificarse: soy o no creativo/a, es la sentencia, defendiendo una u otra actitud como si fuera un galardón. Justificando una u otra actitud, como si la creatividad fuera un ideal, al cual se pertenece o no. Y así, pasa a ser una exigencia del tipo: ¿Debo ser creativo! O una frustración: ¡No, no soy creativo!

Por eso me interesa precisar el termino, desolemnizarlo y acercarlo un poco más a una actitud posible y reconocible.

Pero ¿Cómo identificar sus procedimientos? ¿Cómo transmitirlos? ¿Cuáles son sus parámetros? ¿O sus límites? ¿Cómo formalizar una disciplina “creatividad”?